

CERRAR LOS OJOS Y DECIR: AMÉN

Por Gabriel González del Estal

1.- **Hágase en mí según tu palabra.** Ante el misterio realmente sólo podemos cerrar los ojos y decir amén. Y los caminos de Dios son para nosotros casi siempre un misterio. Me lo decía hace unos días un padre-abuelo, tan creyente como atribulado. Acababa de perder a un hijo, a quien un cáncer agresivo y devorador le había quitado la vida. El hijo estaba casado y tenía un niño de tres años. “Mi hijo, así como su esposa, eran creyentes y muy buenas personas. Vivían, vivíamos todos, muy felices. ¡Cómo ha podido hacernos Dios esto! Sí, ya lo sé, los caminos de Dios no son nuestros caminos, pero... al final sólo nos queda cerrar los ojos y decir amén”. Para muchos problemas y situaciones, tanto personales, como sociales, no tenemos una explicación racional y lógica que nos acalle y nos convenza. Si somos creyentes, tenemos que confiar en Dios y aceptar su voluntad. Esto que decimos cuando tratamos de situarnos religiosamente ante el problema del mal físico o social, vale también para situarnos religiosamente ante muchas otras situaciones extrañas e incomprensibles. A la Virgen María, la joven doncella de Nazaret, tuvo que pasarle algo parecido cuando se encontró, de forma tan súbita e inesperada, ante el anuncio del ángel Gabriel. Su reacción primera fue de susto e incomprensión. “Vas a concebir en tu seno y vas a dar a luz un hijo...” “¿Cómo será esto, pues no conozco varón?” “El poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”. No lo entendía, pero tenía fe y confianza en Dios. ¿Qué podía hacer ella, humilde criatura del Creador? Dios siempre es un misterio y ante el misterio sólo cabe cerrar los ojos de la razón, abrir de par en par los ojos de la fe y decir “amén”. “Hágase en mí según tu palabra”.



2.- **Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.** Este es el mejor programa de vida que puede hacer un cristiano. Este fue el programa que hizo Cristo, cuando aterrizó en cuerpo mortal, enviado por su Padre Dios, aquí en nuestra tierra. La voluntad de Dios es siempre voluntad de verdad, voluntad de vida, voluntad de justicia, voluntad de amor, voluntad de santidad. No nos va a resultar siempre fácil desear que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios. El cuerpo frecuentemente lucha contra el espíritu, la sociedad se pone muchas veces de parte de la mentira, buscar siempre en nosotros mismos y en los demás la justicia y la santidad puede llegar a parecernos un intento ingenuo y estéril. Sí, es muy probable que el tratar de hacer siempre la voluntad de Dios nos proporcione más de un disgusto y desazón. Pero, si leemos despacio el evangelio, comprobaremos que este fue el camino que el mismo Cristo recorrió, antes de regresar definitivamente al Padre. Un camino de cruz, antes de llegar a la Luz. Y este fue el camino que nos mandó recorrer a sus discípulos. La Virgen María seguramente ya intuía lo que iba a suponer para ella el decir sí al ángel. Y, sin embargo, no lo dudó un momento: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”.